

## OBJETIVO

Texto: María José Gutiérrez Lera  
Fotografías: Jacques Valat



En el amanecer, la magia de la luz. Es un momento propicio, donde todo lo presente se hace cómplice: la ciudad, la arquitectura, el cielo, el suelo recién lavado. Y la cámara, que estaba ahí, discreta, atenta, percibe la promesa latente de futuro y capta el instante sin desvelar las identidades. La línea inclinada del horizonte pone el acento en el desequilibrio de la escena, porque lo que espera a esta pareja de jóvenes está sin duda iluminado por el sol pero no exento de dificultades...



Como todos los pueblos que tienen una identidad, los aragoneses amamos nuestros símbolos. Una vez al año, al menos, nos anudamos la tradición al cuello en forma de pañuelo. Sin decir nada, decimos mucho: fiesta, antigüedad, orgullo, pertenencia. Son sentimientos que compartimos todos. También los mayores, que se sienten perfectamente integrados en el espíritu festivo, que lo han vivido, lo mantienen y lo manifiestan.



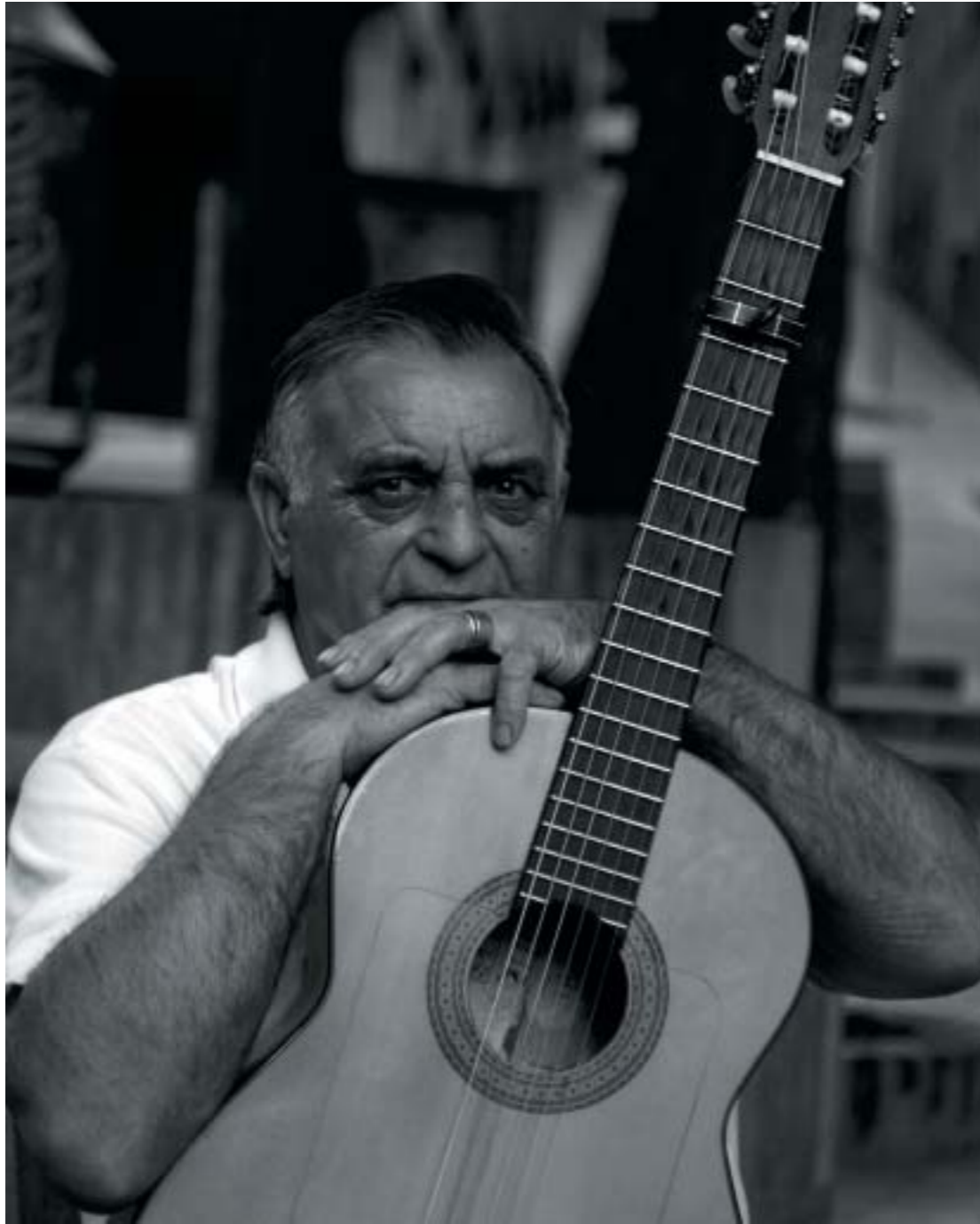
Estas imágenes, unas inéditas, otras extractadas de sus trabajos precedentes, dejan clara la tendencia humanista que desarrolla en el género de reportaje tanto como en el retrato. Aquí son los aragoneses, de distintas edades, hombres y mujeres, activos o contemplativos, gentes que pueblan esta tierra antigua y cargada de futuro, los que salpican las fotografías de Jacques Valat y parecen sentirse a gusto en ellas.



Los viejos caminos, recorridos por pequeños pies, se vuelven nuevos. Los niños se apoyan el uno en el otro, compañeros de ascenso por la senda suavemente empujada. Arriba, la ermita es testigo de tiempos pasados que siguen estando presentes en el patrimonio, en el recuerdo, en las raíces. Con paciencia, Jacques Valat espera el momento propicio, cada cosa en su sitio, el encuadre, la perspectiva, la luz, los pasos acompasados.



Modernidad, dinamismo, juventud, deporte. Una visión que es también un deseo: una juventud sana, ágil, que acierte a avanzar por un camino hecho muchas veces de líneas quebradas donde las decisiones marcan porvenires a menudo antagónicos.



Una de las caras de la multiplicidad aragonesa es la raza gitana. Desde siempre, desde la lejana historia, Aragón ha estado conformado por diferentes pueblos que han convivido juntos. Santos el gitano toca la guitarra en la plaza de Lizana. El fotógrafo, que pasa por allí cada tarde, lo sabe y retarda el paso para escucharlo. Hoy la guitarra ha callado un momento para que las manos posen. Y la mirada profunda, transparente, deja paso al orgullo de ser elegido como ejemplo.



Aragonesa o no, esta mujer enigmática se ha detenido un momento a contemplarnos y ella a su vez, sin saberlo, es contemplada. Una pausa en un café típico de la Zaragoza más turística para recoger las impresiones recibidas, saborearlas, tomar unas notas en el cuaderno (¿de viaje?) que le acompaña unos días de fiesta. La fotografía nos da una visión distinta de nosotros mismos, la percepción de alguien que, a decir del fotógrafo, viene de fuera, atraída por los encantos de esta tierra.



Muchos « foranos » piensan en paisajes inundados de nieve cuando oyen nombrar a Huesca. Otros, más al norte, en la vecina Europa, conciben imposible un paisaje con pinos mediterráneos blancos, helados, silenciosos. Esta imagen, con referencias japonesas en el dibujo lineal de los árboles, el rostro de la mujer y su paraguas-sombrilla, se apoya en viejas fotografías de Boubat y otros para mostrarnos, como ejemplo de nuestro clima duro y extremado, un gélido parque de Huesca que apenas nosotros mismos reconocemos.